Una triste historia (1ª parte)

Autor: Cristi Na
Categoría: Cuentos
Publicado el: 21/11/2014

Emilio siempre fue un hombre desgraciado, muy desgraciado

cuya monótona vida no tenía sentido y pese a todo insistía en continuar para poder

vivir un día interesante.

Ya desde antes de nacer se notaba su pesar, pues sin poder evitarlo sufría de la

indiferencia de sus progenitores... aunque no era un desdén propiamente dicho,

tan sólo ignoraban su prematura existencia.

Pero lo que más le disgustó fue cuando notó suspirar a la madre en el que estaba

metido. Sabía que los lamentos eran por su culpa, notaba que era un indeseado y

por supuesto, detectaba que querían deshacerse de él. Pero luchó, aún tenía el

vaso de la paciencia bien colmadito y mientras que duró el tiempo de gestación se

portó bien. Ni una patada, ni un movimiento, el pobre, cuando completó los nueve

meses ni siquiera se atrevía a salir por no molestar ni ocasionar algo que hiciera a

su procreadora desesperar y dejarlo abandonado en un rincón.

Al ver la luz supo que su madre aún estaba allí, y que lo cogía... y que lloraba,

aunque dudaba si era del dolor provocado (cosa imposible porque el parto fue

provocado e indoloro) o de emoción al ver a tan dulce cosita.

El primer chaparronazo fue cuando, tras la auscultación de rigor y lavado, lo

dejaron en el nido junto a otros bebés.

Ninguno le dio la bienvenida, ni siquiera los más veteranos. Algunos eran recientes

como él, otros llevaban unos días y no dejaban de llorar para pedir comida.

Nuestro niño era tan bueno que aunque tuviese hambre no movía ni un dedo. Pero

se sentía solo, sin su madre, sin una figura materna que le diera alguna muestra

de cariño. Bueno, podríamos decir que la enfermera que se encargaba del turno de tarde no computa como ente despendedor de cariño porque al fin y al cabo es ese su trabajo, cuidar de los bebés durante su jornada laboral a cambio de un sueldo decente. No obstante ella trataba a todos por igual y por supuesto con mucha delicadeza, pero claro, eran muchas criaturas y es imposible dedicarse más a una.

La primera visita a la cama materna le resultó casi invisible. A nuestro niño se le hincharon los ojos y no los podía abrir, imposible ver a su mamá, aunque era aún pronto para ver a tan temprana edad. Se conformaba con sentirla y oír los latidos de su corazón mientras le daba el biberón. No pecho, así dijo la madre. Se negó a dar de mamar, una gran muestra de rechazo que encajó filosóficamente el angelito.

Al llegar a casa todo normal, familiares, amigos y vecinos iban a verle por la

novedad, pero se pasó pronto porque enseguida le vino otro hermanito y ese sí que nació con una buena barra de pan bajo el brazo. El papá era otro distinto al suyo, del que nunca supo nada, un hombre muy atractivo y bastante alto que nunca estaba en casa.

Su infancia discurría tranquila, a la sombra de su hermano, pero en absoluto estaba desatendido. La frustración del protagonista de nuestra historia no es por tener especialmente una infancia terrible. En absoluto, él junto con su hermano tuvieron amigos, iban al colegio y hacían cosas propias de niños, aunque siempre ejerciendo un poco de secundario cediendo el protagonismo a su carismático hermano; personaje al que admiraba sin recelo y al que quería como a nadie en el mundo.

Hasta bien cumplidos los dieciocho no volvió a tener un grave golpe en su corta

vida. La marcha de su hermano a la universidad le afectó enormemente. Ahora sí

que estoy solo, se repetía continuamente. ¿qué puedo hacer? Durante los meses

de otoño e invierno, justo antes de las vacaciones de navidad, Emilio, tras salir del

instituto (le iba peor que a su hermano con los estudios como se puede

comprobar) a fin de salir de la monótona soledad en la que estaba envuelto, iba a

la biblioteca. Pero no precisamente a leer, los libros le gustaban poco, sino a por

otra cosa. Tenía una extraña afición... coleccionaba resguardos de pedidos y los

ordenaba por fechas y año de edición.

En lo que llevaba de año había sacado más de trescientos libros y devueltos en su

fecha correspondiente.

De adulto Emilio empezaba a extrañarse de su soledad, y era normal, su hermano

se había casado y esperaba un hijo, y su madre le repetía constantemente que

tratase de hacer vida social, que no era bueno pasar tanto tiempo solo rodeado de absurdas manías. Fue entonces cuando tomó conciencia de su situación. Una tarde oscura de lluvia otoñal Emilio se encerró en su cuarto y tomó un álbum de fotos. Ellas le ayudaron a dar un repaso de lo que hasta ese momento había sido su vida y lo único que veía era un bebé, niño, adolescente,..., tímido y aislado. Recordaba su niñez, los amigos del colegio...

De pronto se acordó de Bárbara. No sabía exactamente qué podría haber sido de ella, la cuestión es que en una de las fotos, concretamente en las que estaba malo en la cama de un hospital, aparecía ella postrada en la cama de al lado. A Emilio ese episodio de su vida le ocasionó tal trauma que lo borró de su mente sin percatarse de lo que había arrastrado al olvido. Su compañera de enfermedad Bárbara había ingresado un par de días antes. Su patología era no menos grave

que la de su futuro compañero de habitación. Ambos sufrieron de una apendicitis

complicada que casi les cuesta la vida. Tuvieron que estar en el hospital unas tres

semanas. Cuando Emilio ingresó, recién salido de la sala post operatoria, Bárbara

lo esperaba ilusionada. Llevaba sola en esa habitación dos días y echaba en falta

niños de su edad....

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: Cristi Na
Más relatos de la categoría: Cuentos
Muchos más relatos en: cortorelatos.com